

Crisis financiera, matriz cultural subyacente, mensajes

(Resumen y explicaciones sobre un texto de **Stefano Zamagni**; redacción Sergio Fernández A. Agosto 2010)

Comentando la encíclica **Caritas in Veritate**, en cuya redacción sin duda tuvo influencia, el profesor Zamagni se refiere a las causas profundas de la crisis. Tres serían los principales factores de crisis detectados y examinados.

El primero es el cambio radical en la relación entre finanzas y producción de bienes y servicios, que se ha consolidado en el curso de los últimos treinta años. A partir de mediados de los años 70 del siglo pasado, la mayor parte de los países occidentales (entre ellos Chile) basó sus promesas en materia de pensiones en inversiones que dependían de la rentabilidad sostenible de los nuevos instrumentos financieros. Al mismo tiempo, la creación de estos nuevos instrumentos expuso a la economía real a los caprichos de las finanzas, generando la necesidad creciente de destinar mayores cuotas de valor agregado a la remuneración de los ahorros invertidos. La presión de las bolsas y de los fondos de *private equity* sobre las empresas se transfirieron como presiones aún mayores en diversas direcciones.

En primer lugar sobre los dirigentes obsesivamente inducidos a mejorar constantemente *la performance* de sus gestiones, a fin de recibir volúmenes crecientes de *stocks options*. En segundo lugar sobre los consumidores, con el fin de convencerlos, mediante la utilización de sofisticadas técnicas de marketing, de comprar cada vez más, aun sin tener poder adquisitivo suficiente. Finalmente, también sobre las empresas de la economía real, para convencerlas de aumentar el valor para los accionistas (*shareholders value*).

Y así ha sucedido que la exigencia permanente de resultados financieros cada vez más brillantes empezó a repercutir, mediante un típico mecanismo de *trickle down*, sobre todo el sistema económico, hasta convertirse en un verdadero modelo cultural. Por perseguir un futuro cada vez más brillante se ha olvidado el presente.

El segundo factor causal de la crisis es la difusión incluso a nivel de la cultura popular del *ethos* de la eficiencia como criterio último de juicio y justificación de la realidad económica. Por un lado se ha provocado la legitimación de la codicia – que es la forma más conocida y más extendida de la avaricia – como una especie de virtud cívica: el *greed market* sustituye al *free market*. “Greed is good, greed is right”. La codicia es buena, la codicia es justa.

Por otro lado, el *ethos* de la eficiencia está en el origen de la alternancia hoy sistemática entre codicia y pánico. No es cierto, como más de un comentarista ha

intentado afirmar, que el pánico sea consecuencia de comportamientos irracionales de parte de los operadores de los mercados. Porque el pánico no es otra cosa que una euforia invertida; como sostiene la teoría dominante, si la euforia es racional, el pánico también lo sería.

La **Caritas in Veritate** considera la causa de las crisis: por una parte, la especificidad de la matriz cultural que se ha ido consolidando en las últimas décadas, montada sobre la ola de la globalización; y por la otra, el advenimiento de la tercera revolución industrial, caracterizada por las tecnologías info-telemáticas.

Es necesario tomar en cuenta un aspecto específico de esta matriz, que se relaciona con la insatisfacción, cada vez más extendida, con el modo de interpretar el principio de la libertad. Como sabemos, las dimensiones constitutivas de la libertad son tres: la autonomía, la inmunidad y la capacitación. La autonomía se relaciona con la libertad de elección: no se es libre si no se está en condiciones de elegir. La inmunidad, en cambio, tiene que ver con la ausencia de coerción de parte de un agente externo. Se trata, en una palabra, de la libertad negativa ("o libertad de"). Finalmente la capacidad de acción, que se relaciona con la capacidad de elección, de alcanzar los objetivos que el sujeto se propone, al menos en parte. No se es libre si nunca se logra realizar el propio plan de vida.

Y bien, mientras el enfoque neoliberal (Zamagni lo llama anarco-liberal), intenta asegurar la primera y la segunda dimensión de la libertad, dejando de lado la tercera, el enfoque estatista, (Zamagni lo llama Estado-céntrico) ya sea en sus diversas versiones, de la economía mixta o del socialismo de mercado, tiende a privilegiar la segunda y la tercera dimensión, en detrimento de la primera.

El liberalismo es muy apto para generar movimiento (producción y riqueza en el corto plazo), pero no es capaz de gestionar sus consecuencias negativas, producidas por la elevada asimetría temporal entre la distribución de los costos y de los beneficios de dicho movimiento. Los costos son inmediatos y tienden a recaer sobre los segmentos más desposeídos de la población; los beneficios se verifican con el tiempo (los pobres no pueden esperar) y benefician a los sujetos con mayor talento y que sí pueden esperar.

Por otro lado, el socialismo de mercado – en sus diversas versiones - aunque propone al Estado como el sujeto encargado de hacer frente a esas sincronías, no merma por ello la lógica del mercado darwiniano (que selecciona los más aptos), sino que restringe su área de acción y de incidencia.

El desafío que debe enfrentarse consiste en conjugar las tres dimensiones de la libertad: esta es la razón por la cual el paradigma del bien común se presenta como una perspectiva interesante para explorar. A la luz de lo anterior llegamos a comprender por qué la crisis financiera no puede calificarse como un evento inesperado o inexplicable.

Sin disminuir la necesidad de indispensables intervenciones en clave regulatoria (es dudoso que se hayan efectuado adecuadamente) y las nuevas formas de control necesarias, no podremos impedir en el futuro el surgimiento de episodios análogos, si no se ataca el mal de raíz, vale decir, si no se interviene en la matriz cultural que subyace al actual sistema económico.

La crisis ha enviado a las autoridades de gobierno un mensaje doble. En primer lugar que la crítica permanente al “Estado intervencionista” de ningún modo puede servir para desconocer el rol central del Estado regulador. En segundo lugar, que las autoridades públicas deben consentir y favorecer el surgimiento de un mercado financiero pluralista, en que puedan operar en condiciones de objetiva paridad sujetos diversos, en relación con el fin específico que ellos atribuyen a su actividad. Zamagni declara que piensa en los bancos de crédito cooperativo, en los bancos éticos y en los diversos fondos éticos. Se trata de entes que no solamente no proponen finanzas “creativas”, sino que desarrollan un rol complementario, y por tanto de equilibrio, respecto a los agentes de las finanzas especulativas.

Zamagni cree que si en las últimas décadas las autoridades financieras hubieran eliminado los obstáculos que todavía pesan sobre los agentes de las finanzas alternativas, la crisis actual no habría tenido la potencia desbastadora que tuvo y todavía estamos presenciando.